

amada; y así que arribó á Tagaste se retiró con sus amigos á un lugar campestre, donde principiaron á tener en una perfecta union la vida de los primeros fieles, teniendo todos una misma bolsa, así como no tenían sino un corazon y una alma.

71. San Ambrosio entretanto, tan perseguido por la Emperatriz Justina, vino á serle mas necesario que nunca. Daba mucho que pensar en la corte de Milán la carta que el Emperador Máximo habia escrito á favor de los Católicos; y en estas circunstancias, como el santo Arzobispo habia sido tan feliz en su primera embajada, se creyó que tendria el mismo éxito en la segunda. No dejó de mostrarse el Santo dispuesto, aunque no pensase del mismo modo, luego que se vió que se trataba de procurar el bien. Habíase presentado la primera vez al usurpador Máximo con toda la dignidad episcopal, y rehusó tener comunión eclesiástica con un hombre, que ni aun pensaba en hacer penitencia de la muerte de su Soberano. Tambien se abstenia, continuando en observar los cánones en toda su estension, de la comunión de los prelados sanguinarios, que insistian en la muerte de los Priscilianistas y participaban de la comunión, como del favor de Máximo. No era este el medio de alcanzar cosa alguna de un Príncipe que veía por otra parte su ventaja en no ceder. Así pues Máximo mostró tanto desagrado de esta segunda embajada, que mandó al Embajador se volviese sin dilacion: de modo que el Arzobispo tomó inmediatamente su camino con riesgo de su vida; pero cuidando

mas de los intereses que habia tomado á su cargo, que de los suyos, escribió al Emperador Valentiniano que se preparase para todo evento.

72. Por la misma época condujo la caridad á la corte de Tréveris al santo Metropolitano de la provincia de Tours, que en las disensiones ocasionadas por la rebelion, necesitaba muchas veces de un mediador como el ilustre Martin. Tuvo alguna mas condescendencia que Ambrosio, en calidad de súbdito de Máximo, reconocido Emperador por Valentiniano y aun por Teodosio. En extremo repugnaba no obstante comunicar con este Príncipe; y convidándole á su mesa contestó generosamente que no podia comer con el que habia quitado á un Emperador una parte de sus estados y la vida á otro. Tan poderoso es el predominio de una virtud eminente, que el usurpador lejos de ofenderse, se redujo á usar del tono de apologista: escusándose de que no tomó el título de Augusto por sí, sino que el egército le habia obligado á ello, y que por lo demás ninguno de sus enemigos habia perdido la vida sino en el campo de batalla (1). El Santo que poseía una bondad estremada se rindió á estas razones; y el Emperador mostró una alegría increíble. Fue este dia una fiesta extraordinaria á la cual convidaron á todas las personas principales de la corte. En el banquete el Obispo ocupó el puesto mas honroso al lado del Soberano; y despues le seguia un Sacerdote que le acompañó á Tréveris. Cuando le presentaron la cópa al Príncipe, segun

(1) *Sever. Sulp. in vit. S. Mart. cap. 25.*

acostumbraban, la alargó antes de beber al santo Obispo. Esperaba recibirla al instante de su mano; mas así que bebió Martin, no mirando los objetos sino con los ojos de la fe, dió la copa á su Sacerdote: lo cual edificó mas que sorprendió al Emperador y á sus cortesanos. Tan cierto es que las cosas mas distantes de las costumbres comunes se hacen respetar en los Santos. Hablóse de esto por todo el palacio, alabando unánimemente al generoso Prelado por haber hecho con el Emperador lo que otros muchos Obispos no hubieran osado hacer con sus ministros.

Deseó la Emperatriz regalar por su parte al santo Arzobispo. Era esta una nueva dificultad mucho mayor que la primera; porque á los setenta años que tenia de edad nunca habia comido con muger alguna; pero iba á pedir por unos prisioneros, por unos desterrados, por unas gentes privadas de sus bienes; y la caridad, móvil de todas sus obras, le hizo derogar la ley que se habia prescrito; á lo que estuvo la Princesa tan reconocida que no quiso mas que servirle en vez de sentarse con él á la mesa: ella ponía y acercaba los manjares que habia preparado por su mano, servíale de beber, y mientras la comida, estuvo atenta y de pie en la humilde postura de una criada. Al levantarse la mesa, hizo guardar los restos del pan y hasta las menores cosas que habia tocado.

73. Hallábanse hasta aquí el Emperador y la Emperatriz muy contentos con el Santo, y dispuestos á otorgar lo que pedia para su pueblo; mas los Itacianos no estaban satisfechos. Avergonzados de verse se-

parados de la comunión de la Iglesia por haber olvidado las máximas de dulzura que tanto honran á sus ministros, creían lavarse de esta mancha comunicando solo con el Arzobispo de Tours. Como lo podian todo en la corte de Máximo, su cómplice por otra parte en las crueldades egercidas con los Priscilianistas, le incitaron á que instase á Martin á comunicar con ellos. Le llamó en particular, y le representó con dulzura todos los motivos capaces de moverle; pero como nada le apartaba de su propósito, el Emperador se retiró colérico y despues mandó quitar la vida á varias personas, cuyo perdon pedia el tierno Pastor. Cuando Martin supo esta triste noticia era de noche: le vence su bondad, vuela al palacio, no ve sino el carácter de misericordia que egerce, y promete condescender si perdonase á la sangre de los desgraciados. Hacíase una ordenacion al dia siguiente, en cuya ceremonia el Obispo de Tours comunicó con los Obispos itacianos, y se le concedió todo lo que pedia; pero estos acaecimientos no llevaron á su corazon la alegría pura de las buenas obras. Salió inmediatamente de una corte, donde las mejores intenciones encontraban tales escollos: iba llorando y gimiendo por los caminos su condescendencia malhadada. Se detuvo algunos momentos en un bosque á dos leguas de Tréveris, y dejó pasar adelante á los que le acompañaban. Allí abandonándose á toda la amargura de sus remordimientos, se le apareció un ángel y le dijo: „tus pesares ciertamente son fundados; pero no arriesgues tu alma haciéndolos mayo-

res. Tu falta en que tuvo menos parte la voluntad que la sorpresa es digna de indulgencia." San Martin notó desde este tiempo alguna disminucion en el fervor de su confianza y menos facilidad que antes en hacer milagros.

74. Antes de separarse de Máximo le habia dado un consejo muy saludable, si este Príncipe ambicioso hubiera sabido servirse de él. Viéndole dispuesto á hacer la guerra á Valentiniano, le pronosticó, que al principio seria vencedor en el paso de los montes; pero que poco despues de esta victoria engañosa hallaria su perdicion. Pudo mas la ambicion que la profecía, creyendo frustrar sus efectos con las precauciones de una política pérfida. En tanto que se reiteraban las pruebas de amistad y moderacion al imprudente Valentiniano, que no habia querido creer á San Ambrosio, se hacian desfilar tropas de la Galia hácia la Italia, haciendo instrumento de su propia desgracia al mismo á quien se acometia. Máximo le persuadió á fuerza de protestas de paz y de benevolencia, que recibiese socorros contra los bárbaros que asolaban la Iliria, abriendo con este ardid el camino de Italia y el paso tan peligroso de los montes á la mitad de su ejército. Siguióle pronto con el resto; y Valentiniano creyendo como Justina que tenia en él un defensor, no conoció su descuido hasta que vió la mortandad, el saqueo y los incendios que dejaban en sus provincias los vestigios de su opresor. Espantosa fue la desolacion, y tal que el santo Obispo de Milán, cuya Iglesia no habia sufrido la ruina que otras

muchas, puso sin escrúpulo los vasos sagrados en venta para subvenir á las necesidades urgentes de una infinidad de desgraciados y sobre todo al rescate de los esclavos. ¿Puede hacerse, decia, un uso mas digno de los vasos destinados á contener la sangre del Redentor, que redimiendo segunda vez á los que lo han sido ya con el precio de esta sangre?

75. Hiciéronse á la vela Justina y Valentiniano, sin fuerzas para resistir á un enemigo tan poderoso, para ir á arrojarse en los brazos de Teodosio, y tuvieron la dicha de llegar á Tesalónica donde este generoso protector salió á recibirlos. Despues de consolar á Valentiniano, no debeis admiraros, le dijo como Príncipe verdaderamente Cristiano, del mal estado de vuestros negocios ni de los progresos de Máximo; pues combatís la verdadera Religion y él la defiende. En breve borró del alma virtuosa del jóven Emperador las malas impresiones que habia recibido de su madre, y le hizo volver á la fe de la Iglesia. Los dos Augustos publicaron de acuerdo una ley que prohibia á los hereges tener juntas, instituir Obispos, y aun acudir para obtenerlos al tribunal del Soberano, á fin de anular la que Valentiniano, ó mas bien su madre Justina, habia dado á favor de los Arrianos el año pasado. No pensaron despues de estos preliminares religiosos mas que en vengar los atentados de Máximo, con quien Teodosio habia contemporizado hasta entonces y reconocídole por compañero. La generosidad prevaleció sobre el interés personal, porque el Emperador de Oriente pudiera precipitar la caida de Valentiniano

con la esperanza de apropiarse los despojos, antes que declararse á favor suyo contra unas fuerzas tan terribles; mas faltó poco para que una empresa tan laudable no ocasionase la ruina de una de las mejores ciudades del Imperio.

176. Para ocurrir á los gastos de la guerra se impusieron sobre Antioquía, como sobre las demás ciudades del Oriente tributos, que sublevaron á los ciudadanos de esta capital altiva y poderosa. El atrevimiento llegó hasta el punto de derribar las estatuas de Teodosio, de su padre y de sus hijos; y lo que le ofendió mas, las de la Emperatriz Flaccila su muger, muerta poco antes. Hallábase oprimido del mas vivo dolor por haberla perdido, y conservaba una veneracion tierna á sus raras virtudes. Fue en especial esta digna esposa la que le habia inspirado su horror estremado á la heregía; siendo ella misma de la fe mas firme y mas sumisa, de una humildad profunda, y de una caridad muy egemplar en la elevacion de su estado. Viósele muchas veces sin comitiva, y como una persona particular visitando á los pobres en los hospitales ó en sus cabañas, cuidando de los enfermos, y consolándolos, gustar su comida y servirle, y hacer todas las funciones de enfermera y criada. Advertia muchas veces á su augusto esposo, que trajese á la memoria su primer estado; porque ya estaban casados cuando sufrieron desgracias y estuvieron en riesgo de perder la vida antes de llegar al trono.

No se satisfizo el pueblo de Antioquía con der-

ribar las estatuas, sino que atándolas con cuerdas las arrastró por el lodo y las hizo pedazos con clamores é injurias insolentes. Pero este esceso de frenesí pasó bien pronto, y dió lugar á los mas crueles temores. Principiaron todos á reflexionar sobre las consecuencias de tal furor, y se divulgó por todas partes la voz de que el Emperador iba á usar de la mayor severidad; que despues de la confiscacion ó el saqueo se reducirian á cenizas todas las casas con sus infelices moradores: que arruinaría la ciudad con sus murallas y se pasaria por el suelo el arado. Desertaban los ciudadanos en gran número, ocultábanse en los bosques y aun no se creían seguros sino en las cavernas mas retiradas. Otros abandonados á su desesperacion se mantenian encerrados en sus casas, esperando el golpe del destino con una especie de estupidéz. No se veía ninguno por las calles ni por las plazas tan frecuentadas poco antes; de suerte que aquella ciudad tan poblada y tan floreciente parecia un desierto horroroso. Los filósofos, de que estaba llena, olvidando todos sus máximas se fugaron con el pueblo.

77. Empero los filósofos cristianos, esto es, los mas fervorosos de los fieles, los Eclesiásticos, y sobre todo los solitarios que vivian en gran número en las cercanías de Antioquía, fueron los únicos que consolaron á esta ciudad consternada (1). Salian de las grutas y de los sepulcros en donde estaban escondidos, bajaban acelerados de los montes, corrian á los lugares

(1) *Chrysost. Homil. 17. ad Pop. Ant.*

donde nunca habian puesto el pie y hablaban á los magistrados enérgicamente á favor de aquella multitud de infelices culpables. Pasaban los dias enteros á las puertas de palacio , donde balanceaba la suerte de la patria , y declaraban que no se retirarian antes de obtener el perdon , y aun hablaban de ir á pedirle á Constantinopla. Tenemos , esclamaban , un Emperador piadoso y clemente ; sí , le aplacaremos , y vosotros le ofenderiais intentando servirle con un rigor intempestivo. Fue indispensable para contenerlos tomar sus representaciones por escrito y enviarlas á la corte sin dilacion.

78. Uno de estos solitarios llamado Macedonio , de una santidad consumada , pero de una simplicidad evangélica , sin ningun uso del mundo ni de los asuntos , habiendo encontrado á dos Comisarios enviados de la ciudad imperial , les dijo , asiendo al primero por el manto : „amigos míos , ved aquí lo que direis al Emperador ; sois hombre y vuestros súbditos tambien son hombres hechos á imágen de Dios ; ¿ será justo acabar con las imágenes vivas y racionales de la divinidad para vengar unas figuras de piedra ó de metal? No es cosa difícil restablecer vuestras estátuas , y ya lo están ; pero os será imposible , aunque sois árbitro , volver un solo cabello á los que hayais quitado la vida.” Quedaron admirados los Comisarios de este discurso tan superior á la capacidad de un espíritu sin ciencia y sin cultura , y prometieron dar cuenta al Soberano.

No mostraron los Obispos de la provincia menos

celo y compasion que estos piadosos ascetas. Habia partido para Constantinopla el Obispo de Antioquia Flaviano , despues de las primeras muestras de arrepentimiento de sus ovejas ; y su diligencia fue tal , que á pesar de los rigores del invierno y de su vejez llegó antes que los mismos que llevaban al Príncipe la noticia de la sedicion.

79. El Sacerdote Juan , mas conocido por el nombre de Crisóstomo ó boca de oro , que le adquirió su incomparable elocuencia , fue el principal apoyo de los ciudadanos desolados mientras la ausencia de aquel. Habia nacido en la misma Antioquia , de una familia noble y cristiana , y estudió con el famoso retórico Libanio , que al tiempo de morir dijo que no conocia ninguno mas capaz de reemplazarle que Juan , si no se hubiera hecho Cristiano. Mas se dedicó á estudio mas sólido , habiendo sido instruido en las sagradas letras por el Patriarca Melecio , que le bautizó y le hizo lector. Todavía temeroso por su salvacion en una morada brillante y voluptuosa se retiró á la soledad , donde pasó una vida penitente , y aun hizo escesos de mortificacion que alteraron su salud y le forzaron á volver á la ciudad. Mas las enfermedades que habia contraido , especialmente por el frio excesivo de las noches que quiso como desafiar , habian cuasi apagado en él la arriesgada pasion que mas temia. A los treinta años de edad le hizo Diácono San Melecio : á los treinta y cinco le ordenó de Sacerdote , y viéndole con grande talento para la predicacion le confirió este honroso ministerio.

80. Estaba Crisóstomo en lo mejor de su carrera á los cuarenta años de edad, cuando las desgracias de su patria presentaron un nuevo estímulo á su celo y á su elocuencia. Predicó con este motivo al pueblo de Antioquía unos veinte discursos inimitables, que merecen un lugar señalado aun entre las obras de este Padre, el mas persuasivo de los oradores eclesiásticos de aquellos siglos florecientes. El templo de Dios estaba siempre lleno en tanto que el resto de la ciudad estaba desierto, no teniendo sus habitantes satisfaccion mas pura que oír al tierno y sublime Crisóstomo, superior á sí mismo en unas circunstancias que escitaban su sagrado entusiasmo y su estilo patético y divino. Inspiraba con la admiracion la calma y la confianza en unas almas tan abatidas poco antes; y muchas veces se vió obligado á hacer suspender los aplausos que le daban, ó á detenerse él mismo porque era imposible que le oyesen con tantas aclamaciones. Convertia á la gloria del divino Maestro como Ministro fiel las disposiciones de un pueblo dócil, y convirtió todos los corazones al temor de Dios y á la penitencia. Así sujetándose con la mas humilde resignacion á lo que la Providencia quisiese ordenar de la desgraciada Antioquía, la inclinaba á no decretar cosa alguna que no fuese segun su misericordia.

Habia hecho llegar ya en tanto la fama, cuya celeridad parece aumentarse con los sucesos funestos, á oídos del Emperador la noticia de la sedicion. Aunque los malos caminos hubiesen retardado los correos, ya Flaviano habia precedido, y este Patriarca á su

arribo halló á Teodosio instruido de todo lo ocurrido. Al llegar á palacio, se detuvo á lo lejos el venerable Prelado con los ojos tristemente bajos, y con un aire tan humillado, como si hubiera tenido que pedir favor para su propia persona. El Emperador se acercó á él, y con un tono amargo y sensible, pero sin cólera, no obstante sus intempestivos movimientos, principió enumerando una larga serie de favores concedidos á la ingrata Antioquía desde el principio de su reinado, añadiendo á cada artículo: „¿era este el reconocimiento que yo debia esperar? ¿qué queja pueden tener de mí? y sobre todo ¿qué queja pueden tener de la virtuosa Flaccila? ¿y por qué ultrajan á esta amada y respetable difunta?“ (1).

81. Arrojando á la sazón el Obispo un profundo suspiro, „Señor, le dijo sollozando (segun cuenta San Juan Crisóstomo, de quien tenemos la elocuente redaccion de una pieza tan importante para no temer presentar aquí algunos pasages bastante estensos) Señor, estamos penetrados de confusion á vista de tantos monumentos de beneficencia con que habeis colmado nuestra patria: y nuestro mayor dolor es el conocimiento de nuestra ingratitud. Destruid, quemad, haced correr rios de sangre, y todavía no nos castigareis como merecemos. Peor es el mal que nosotros hemos hecho que todo el que se nos puede hacer: porque ¿qué cosa mas amarga que ser mirados en todo el mundo como mónstruos de ingratitud? Si los

(1) *Chrysost. Homil. 20. ad Pop. Ant.*

bárbaros se hubieran apoderado de Antioquía, y despues de haber cargado de cadenas á sus moradores, hubieran reducido á cenizas nuestros edificios, seria menos desgracia. Un Soberano tan bueno y tan grande como vos, podia reparar estas desgracias; ¡y con qué ventaja las hubiera reparado vuestra magnanimidad! Mas al presente que nos hemos privado de la proteccion que nos valia mas que nuestros baluartes y toda nuestra milicia, ¿á quién acudiremos? ¿á quién reclamaremos despues de haber ultrajado al mejor de los Padres? De este modo nuestros infelices ciudadanos si han cometido el mayor de los delitos, experimentan tambien el mas cruel de los castigos. Atormentados en lo interior por los remordimientos de su conciencia, llevan su oprobio sobre su frente y en todos sus pasos. No osan mirar á nadie, y aun temen alzar sus ojos al cielo: quisieran sepultarse vivos y ocultarse á todo el universo.”

„Se me dirá que la diadema nunca sufrió tal ultrage. Pero de vos pende, ó el mas clemente y sabio de los Príncipes, que este atentado os proporcione una corona mucho mas gloriosa que todas las diademas. La que llevais es debida en parte á la liberalidad de un bienhechor; mas la que os formarán la humanidad, la dulzura y el perdon de las injurias, solo la debereis á la bondad de vuestro corazon y á vuestras virtudes. Alzareis por una estatua derribada innumerables é inmortales en el corazon no solo de vuestros súbditos, sino de todas las criaturas intelectivas y sensibles: el rasgo admirable de la clemencia del

gran Constantino, ¿no es recordado con mayor aplauso que las batallas que ganó, y los trofeos y monumentos que dejó en tan gran número? Querian que esterminase á unos sediciosos que habian apedreado sus estátuas, añadiendo para irritarle que habian desfigurado su rostro; mas él pasándose la mano por la cara respondió con tranquilidad: no veo que me hayan hecho correr una sola gota de sangre. Este dicho admirable inspira aun los mismos sentimientos que el primer dia que le profirió. ¿Pero qué necesidad tenemos de citar egemplos estraños? basta que os parezcáis á vos mismo. Acordáos de las cartas de gracia que enviasteis en otro tiempo para libertar á los prisioneros en la víspera de las fiestas que se acercan. No correspondiendo el beneficio sino imperfectamente á vuestra sensibilidad generosa, añadisteis en este memorable rescripto: *¡ojalá que pudiera yo tambien resucitar á los muertos!* Pues, Señor, ved aquí el momento de obrar este milagro y de sacar de los horrores de la tumba, sin peligro y sin esfuerzo, no á un muerto ni á dos, sino á un pueblo innumerable. Una sola palabra, un rasgo de pluma dictado por la caridad cristiana, tornará la vida á millares de muertos ó moribundos. Os deberá infinitamente mas la célebre Antioquía que á su fundador, y mas que si la hubierais librado del yugo de los bárbaros. Este postrer honor os es comun con el mayor número de Príncipes, á lo menos con todos los que se llaman héroes; pero el volver la vida y la fortuna despues de la mas atróz de las injurias, y esto cuando se puede todo,